

COLECCIÓN VIRTUS

**“CONFIAD SIEMPRE EN DIOS”  
(SALMO 62,9)**

**PSICOLOGÍA Y ESPIRITUALIDAD  
DE LA CONFIANZA**

P. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E.



EDIVE

*San Rafael (Mendoza) Argentina – Año 2012*

Imprimatur  
R.P. Ricardo E. Clarey, I.V.E.  
Superior Provincial

Fuentes, Miguel Angel, V.E.  
Confiad siempre en Dios : psicología y espiritualidad de la confianza.  
- 1a ed. - San Rafael : Del Verbo Encarnado, 2012.  
35 p. ; 210x148 cm. - (Virtus; 17)

ISBN 978-987-9438-34-3

1. Moral.  
CDD 170

Fecha de catalogación: 25/06/2012

Primera Edición – 2000 ejemplares

© 2012 – Ediciones del Verbo Encarnado  
El Chañaral 2699 – CC 376  
(5600) San Rafael – Mendoza  
Argentina

Tel. +54 (0)0260 – 4430451  
ediciones@iveargentina.org  
www.edicionesive.org.ar  
www.iveargentina.org

Resulta extraño que una de las actitudes fundamentales de la vida, como es la confianza, y a la que tanto se alude en la vida cotidiana, sea objeto de tan pocos escritos explícitos y extensos<sup>1</sup>. Santo Tomás, que estudió exhaustivamente las pasiones humanas y las virtudes tanto divinas como naturales, solamente le dedica un artículo dentro del tratado sobre la magnanimidad<sup>2</sup>, y alude a ella en pocos otros lugares como, por ejemplo, al tratar de las partes de la fortaleza<sup>3</sup>, y fugazmente al hablar de la esperanza<sup>4</sup>, de la oración<sup>5</sup> y en otras cuestiones donde es mencionada de modo indirecto.

Y sin embargo las exhortaciones a la confianza que encontramos en la Escritura divina son tantas y algunas de altísima densidad poética:

“¡Oh Yahvé Sebaot, dichoso quien confía en ti!” (Salmo 84,13).

“Confía a Yahvé tu peso, él te sustentará; no dejará que para siempre sucumba el justo” (Salmo 55,23).

---

<sup>1</sup> El más conocido es el de Paul de Jaegher, *Confianza*, Bilbao (1960). Se pueden mencionar otros que tratan más o menos del tema, casi siempre con relación a la misericordia, a la providencia o a la voluntad de Dios, pero sin considerar explícitamente la naturaleza de esta virtud. Por ejemplo: Cuadrúpani, Carlos, *Confianza en Dios. Guía segura y consuelo infalible de almas atribuladas y pecadores pusilánimes*, Gerona (1846), (este autor sigue la doctrina de los santos, en particular la de san Francisco de Sales); Languet, Juan Joseph, *Tratado de la confianza en la misericordia de Dios*, Cambray (1825); Suárez y Núñez, Gerónimo, *El consuelo del Christiano o motivos de la confianza en Dios en las diversas circunstancias de la vida*, Madrid (1795) (obra entresacada de los escritos del Abate Royssard); Lehodey, Vital, *El santo abandono*, Madrid (1981); Caussade, J. P., *Tratado del santo abandono a la providencia divina*, Buenos Aires (1983). Hay también alguna bibliografía sobre la confianza en los aspectos laborales y negocios, que no guarda relación con lo que aquí tratamos.

<sup>2</sup> Cf. *Suma Teológica*, II-II, 129, 6.

<sup>3</sup> Cf. *Suma Teológica*, II-II, 128, artículo único.

<sup>4</sup> Cf. *Suma Teológica*, I-II, 40, 2.

<sup>5</sup> Cf. *Suma Teológica*, II-II, q. 83.

“Encomienda tu vida a Yahvé, confía en él, que actuará; hará brillar como luz tu inocencia y tu honradez igual que el mediodía” (Salmo 37,5-6).

“A quien confía en Yahvé lo protege su amor” (Salmo 32,10).

“Leales a Yahvé, confiad en Yahvé, él es su auxilio y su escudo” (Salmo 115,11).

“Al que cuida cualquier cosa le irá bien, dichoso el que confía en Yahvé” (Proverbios 16,20).

“Confía en Yahvé y te salvará” (Proverbios 20,22).

“El que confía en Yahvé estará protegido” (Proverbios 29,25).

“Confiad en Yahvé por siempre jamás, porque en Yahvé tenéis una Roca eterna” (Isaías 26,4).

“Y tú conviértete a tu Dios: observa el amor y el derecho, y confía siempre en tu Dios” (Oseas 12,7).

Del Nuevo Testamento nos bastan, como adecuada expresión de esta hermosa disposición, las palabras que Jesús dirige a la mujer hemorroísa: “confide filia fides tua te salvam fecit”, confía, hija, tu fe te ha salvado (Mt 9,22). Nuestro Señor nos manda confiar en Él de muchas maneras, aun sin usar esta expresión; por ejemplo, al alentarnos a no tener miedo (“no temáis”), cuando nos enseña a confiar en la Providencia divina, cuando nos adoctrina sobre la bondad y asistencia constante de Dios Padre, etc.

Pero ¡cuánta desconfianza encontramos en el corazón del hombre! Desconfiamos de Dios, de los amigos, de los que nos rodean, de los mismos familiares. Y, por el contrario, confiamos en cosas que no tienen sustento, con lo que transitamos el camino más adecuado para enflaquecer la confianza pues estos falsos soportes terminan infaliblemente por decepcionarnos, abriendo la puerta al escepticismo. ¡Cuántos que quieren confiar no saben cómo hacerlo!

Verdaderamente hay una crisis de confianza.

Quizá porque ni siquiera sabemos verdaderamente lo que es confiar.

Voy a dedicar estas páginas a la confianza, centrándome principalmente en la confianza en Dios. En la medida en que sea posible y útil también haré algunas aclaraciones a la confianza que debemos a los demás hombres.

## 1. Qué es la confianza

La confianza, como explica Santo Tomás con una concisa fórmula, no es distinta de la esperanza sino la misma “esperanza robustecida por una opinión firme”<sup>6</sup>. Más aún:

“La palabra *confianza* (en latín: *fiducia*), al parecer, tiene la misma raíz que *fe* (en latín; *fides*). Y es propio de la fe creer algo y en alguien. La confianza es parte de la esperanza, conforme al texto de Job 11,18: «Tendrás confianza en la esperanza propuesta». Por eso la palabra confianza parece significar principalmente el que uno conciba esperanza porque da crédito a las palabras de otro que le promete ayuda. Pero como a la fe se la llama también opinión firme, y a veces sucede que tenemos opinión vehemente no sólo porque alguien nos lo dice, sino también por lo que vemos en él, se sigue que puede llamarse también confianza aquella por la cual se concibe esperanza por la consideración de algo: unas veces en sí mismo, por ejemplo cuando uno, al sentirse sano, confía vivir largo tiempo; a veces en otro, como cuando uno, al reconocer que tiene un amigo poderoso, tiene la confianza de que le va a ayudar. En efecto, dijimos antes que la magnanimidad se refiere propiamente a la esperanza de algo arduo. Por tanto, como la confianza implica cierta firmeza en la esperanza que proviene de una consideración que produce una opinión vehemente acerca del bien que se ha de alcanzar, se sigue que la confianza es parte de la magnanimidad”<sup>7</sup>.

Como podemos observar en el texto citado, la confianza es relacionada con tres virtudes: con la fe, con la esperanza y con la magnanimidad. Y si seguimos leyendo el mismo artículo nos encontraremos que también se relaciona con la fortaleza<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> *Suma Teológica*, II-II, 129, 6 ad 3.

<sup>7</sup> *Suma Teológica*, II-II, 129, 6, corpus.

<sup>8</sup> “Como hemos visto al tratar de las pasiones (I-II, 23, 2; 40, 4), la esperanza se opone directamente a la desesperación, que tiene el mismo objeto, es decir, el bien, pero según la contrariedad de objetos se opone al temor, cuyo objeto es el mal. Ahora bien: la confianza implica cierta firmeza en la esperanza, por lo que se opone al temor, lo mismo que la esperanza. Pero, puesto que la fortaleza propiamente robustece al hombre contra los males, y la magnanimidad en la búsqueda de los bienes, de ahí que la confianza pertenece con más propiedad a la magnanimidad que a la fortaleza. No obstante, como la esperanza es causa de la audacia, que es parte de la fortaleza, se sigue que la confianza pertenece, como consecuencia, a la fortaleza” (II-II, 129, 6 ad 2).

A decir verdad, salvo en los casos en que usamos la palabra “confianza” como sinónimo de fe o de esperanza (lo que ocurre a menudo y solo puede distinguirse por el contexto en que se encuentra el vocablo), la confianza se relaciona con todas estas virtudes pero no se confunde completamente con ninguna de ellas. “Hablando con propiedad, dice el Aquinate, la confianza no puede designar una virtud, pero sí la *condición* de la virtud”<sup>9</sup>. Esto significa que se trata más bien de una “parte integral” de estas virtudes, como el corazón o la cabeza son partes del hombre, aunque el hombre no pueda reducirse ni a su corazón ni a su cabeza.

Hay otras virtudes que tienen partes integrales muy importantes, como es el caso de la prudencia, en las que se cuentan como partes la memoria, la capacidad de intuir y razonar adecuadamente, la circunspección, la precaución, la providencia... Ninguna de estas son virtudes en sentido estricto, si quiera “especies” de la prudencia, pero no por eso dejan de tener una importancia fundamental, *ni dejan de exigir un trabajo específico* para adquirirlas o acrecentarlas. En general, cuando se trabaja en la parte integral de una virtud, la que crece es la virtud de la que forma parte. Del mismo modo, cuando se trabaja en la confianza, la repercusión es el crecimiento sobre todo en la fe, en la esperanza, en la magnanimidad y en el valor.

De la descripción ofrecida más arriba por Santo Tomás podemos *definir* la confianza como la *actitud* que nos hace *fiarnos* de alguien a quien juzgamos, con particular seguridad, como bien dispuesto a ayudarnos. Aquí tenemos puntos de contacto y de distinción con las virtudes que hemos antes mencionado.

La confianza se aproxima a la fe porque ésta nos inclina a aceptar el testimonio de alguien como digno de ser creído por su autoridad; por eso creemos todo cuanto nos dice Dios, ya que es infinitamente sabio y santo; por lo primero todo lo sabe, por lo segundo no puede mentirnos. La confianza forma parte de este movimiento de la fe, pero la fe termina en una adhesión formalmente intelectual (a la Verdad–Objeto/Contenido, dicha por la Verdad–Sujeto o sea Dios que revela), mientras que la confianza puede ir más allá de los contenidos intelectuales.

En efecto, cuando hace que nos fiemos de otro porque es *poteroso* para ayudarnos y *nos quiere* lo suficiente como para usar ese poder

<sup>9</sup> *Suma Teológica*, II-II, 129, 6 ad 3.

en favor nuestro, se convierte en esperanza: por esta última confiamos obtener algo que supera nuestras fuerzas por la bondad de alguien o algo más poderoso que nosotros que nos ofrece su ayuda. En el caso de la esperanza teológica, esperamos obtener nada menos que al mismo Dios (su posesión eterna) por la *omnipotencia misericordiosa* de Dios que generosamente Él mismo nos ofrece.

Finalmente, como la confianza hace que el alma se arroje con seguridad a las cosas verdaderamente importantes, se transforma en magnanimidad (tensión del alma a las empresas realmente grandes y valiosas) y en valentía y virilidad (porque expulsa los temores que apocan el alma).

El P. Miguel Sopocko, director espiritual de santa Faustina Kowalska, escribía: “La confianza... no constituye una virtud individual, sino que es una condición necesaria de la virtud de la esperanza y la parte integrante de la virtud de la valentía y de la magnanimidad. Ya que la confianza deriva de la fe, aumenta la esperanza y el amor, y además, en ese u otro modo está relacionada con las virtudes morales, por eso se la puede llamar la base en la que las virtudes teológicas se unen con las morales. Las virtudes morales de las naturales se convierten en sobrenaturales, siempre cuando las practiquemos confiando en la ayuda de Dios”<sup>10</sup>.

## 2. El fundamento de la confianza

Pero en todos los casos mantiene lo suyo propio, el *fiarse de alguien* o de algo, que implica descansar, apoyarse, y también lanzarse a ciertas cosas *sintiéndose respaldado*.

Confiando en que sus compañeros cuidan sus espaldas, el soldado avanza contra el enemigo. Confiado en que lo sostienen de arriba, el escalador emprende un peligroso descenso aferrado de una simple sogá; confiado en una ayuda futura nos embarcamos en un negocio arriesgado; confiado en que guardarán mis secretos, abrimos nuestra conciencia al confesor, al director espiritual o al amigo.

Como podemos observar, la base de la confianza está en lo que el Angélico llama “apreciación firme”. Se trata de un juicio o convencimiento firme y seguro sobre ciertas cualidades de alguna persona o

<sup>10</sup> Sopocko, Miguel, *Misericordia divina en sus obras*, Tomo III, 189.

cosa: la estabilidad (el obrero que trabaja sobre un andamio está tranquilo porque estima que el tablado que pisa es sólido), la autoridad (confiamos porque estimamos que la persona que nos enseña *conoce bien* aquello de que habla), la sinceridad (confiamos porque juzgamos que nuestros maestros no tergiversan deliberadamente sus conocimientos) y, sobre todo, en la benevolencia o *bien querer* (confiamos porque entendemos que la persona de quien nos fiamos nos *quiere bien* y por tanto, no nos va a mentir, abandonar o traicionar).

La confianza, pues, depende, en última instancia, del *concepto que tengamos de la persona* en quien debemos confiar. Si consideramos a esa persona como poderosa para resolver nuestros problemas y al mismo tiempo buena y bien intencionada respecto de nosotros, es decir, “digna de fiar”, confiamos. En cambio, si tenemos motivos para dudar de algún aspecto fundamental de su persona o de su actitud hacia nosotros, es decir, si no estamos seguros de su ciencia, de su poder, de su veracidad, de su benevolencia, de su generosidad o de su desinterés... no nos confiaremos plenamente.

De aquí se sigue que la confianza en Dios dependa, en última instancia, de la idea que tengamos de Dios. Y hay que convenir en que muchas personas no confían plenamente en Dios porque tienen una idea muy pobre de Él, y en algunos casos, equivocada. “Nuestra vida espiritual depende generalmente de los conceptos de Dios que nos hagamos. Existen entre nosotros y Dios (...) relaciones que se derivan de nuestra actitud hacia Dios, lo cual, depende de nuestros conceptos sobre Él. Si nos creamos conceptos falsos sobre el Señor Altísimo, nuestras relaciones con Él serán erróneas, y nuestros esfuerzos para repararlas, vanos. Si tenemos un concepto superficial de Él, en nuestra vida espiritual habrá muchas carencias e imperfecciones. Y si el concepto es verdadero, según las posibilidades humanas, nuestra alma, con toda seguridad se desarrollará en santidad y en la luz. Así pues, el concepto de Dios es una clave para la santidad, ya que determina nuestra actitud hacia Dios y también la de Dios hacia nosotros (...) La desconfianza de la gente hacia Dios (...) se deriva de trasladar nuestras propias debilidades y errores a Dios y de atribuirle lo que vemos en nosotros mismos. Nos imaginamos a Dios variable, caprichoso, como nosotros; severo y preocupado como nosotros; pues pensando y actuando así, insultamos a Dios y nos hacemos un gran daño a nosotros mismos. ¿Dónde estaríamos nosotros ahora si el que dirige nuestro destino fuera tan



caprichoso, vengativo, enojado como nos lo imaginamos a menudo? La causa de nuestro erróneo concepto de Dios y de atribuirle nuestras faltas es la consecuencia de nuestra propia debilidad y tristeza, el miedo constante y la inquietud interior que reinan casi en el mundo entero”<sup>11</sup>.

### 3. La importancia de la confianza

La confianza es la base de todas las relaciones humanas: de la unión entre padres e hijos, del matrimonio, de la amistad, de la enseñanza y del discipulado, de las relaciones comerciales y de todo contrato, de la dirección espiritual y de la confesión... Este es el motivo por el cual aquellos actos que socavan las bases de la confianza son *de suyo graves*: la mentira, el fraude, la hipocresía, las medias verdades. A menudo decimos con mucha impropiedad: “la mentira es, la mayoría de las veces, pecado leve”. No debe decirse así, sino: “la mentira es de suyo pecado grave pero en algunos casos puede suceder que no pase de pecado leve, si los daños que causa contra la verdad no son excesivamente considerables”. Y se dice así para que no se minimice el perjuicio que esta actitud causa en la sociedad, pues los pecados que acabamos de mencionar carcomen la confianza que es la base de la vida social. Un profesor que habla, como si supiera, de lo que ignora, nos transmite desconfianza sobre todo cuanto dice y cuanto ha dicho: ¿qué doctrinas debemos tomar con tranquilidad y cuáles debemos poner en duda? A un vendedor que exagera las cualidades de sus productos, ¿qué podemos creerle?, ¿cómo distinguir lo verdadero de lo falso en las cosas que nos dice? A los políticos que en sus campañas prometen lo que no tienen intención de cumplir, o se comprometen a evitar lo que en realidad van a hacer si esto los favorece, ¿qué crédito podemos darles?

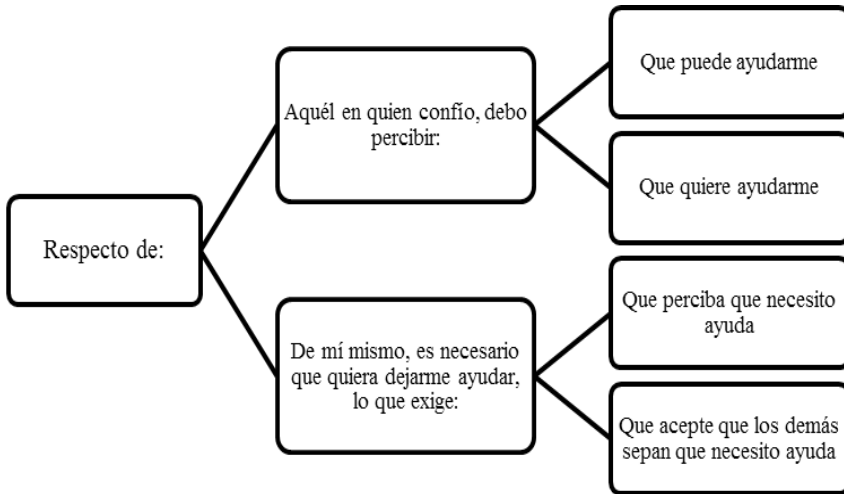
Sin confianza una sociedad se disgrega.

### 4. Cómo confiar

Hemos dicho que la confianza se forja a partir de la estimación que se hace de una persona; confiamos cuando estimamos que las cualidades de esa persona pueden garantizarnos lo que esperamos de ellas. Lo cual implica una doble percepción: que esa persona *puede* ayudarnos, y que *quiere* hacerlo. Pero a esto hay que añadir otra condición: que yo

<sup>11</sup> Sopocko, Miguel, *Misericordia divina en sus obras*, Tomo III.

*quiera dejarme ayudar*, lo que exige, de su parte, una doble actitud: que *yo me perciba necesitado*, y que *deje que el otro me vea como alguien que necesita de su ayuda*. Son pues, cuatro condiciones fundamentales:



De esta manera quedan planteadas varias virtudes necesarias para la confianza, en particular, la humildad y la fe.

### 1) La confianza requiere razonar sin prejuicios

Para confiar, ante todo, hay que *usar la razón sin prejuicios*. Esto es, dejar de lado las cegueras y obstinaciones de los que creen que la madurez intelectual consiste en poner en tela de juicio toda verdad. El sabio no se complica como el ignorante, porque conoce el principio que da consistencia a todas las verdades de su ciencia, mientras que el ignaro, en su ignorancia, razona como quien camina en un laberinto: quien conoce a fondo un terreno nos puede llevar a cualquier punto por el camino más corto, pero el que lo conoce superficialmente da rodeos inútiles y a menudo se pierde.

Por eso, no nos cuesta tanto confiar si razonamos bien, si somos buenos discípulos de lo que las cosas nos enseñan, porque con la razón alcanzamos las verdades que fundamentan la confianza: la omnipotencia divina (si Dios es Dios, entonces es creador, conservador

y señor de todo, y todo cuanto quiere, mientras no sea contradictorio, lo puede, y si nos ha creado, con mayor razón puede socorrernos en nuestras necesidades), la providencia (Dios de hecho es bueno y pone su omnipotencia al servicio de todos los seres, incluso de los más insignificantes en la escala de la creación), la predilección por los seres humanos (si provee a los seres más insignificantes, con mayor razón ha de querer ayudarnos a nosotros, a quienes ha puesto en lo más alto de la creación). Por este motivo, cuando Jesús quiere enseñarnos estas verdades, apela a nuestra inteligencia: “Mirad cómo las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni encierran en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. Mirad a los lirios del campo cómo crecen: no se fatigan ni hilan. Yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos” (Mt 6,26. 28). Solo los necios que se creen grandes ignoran estas cosas (cf. Mt 11,25).

## 2) La confianza requiere fe (sea humana o divina)

La confianza exige un *conocimiento firme* sobre la capacidad que tiene una persona o una cosa (como por ejemplo, mis músculos o mi inteligencia) para concederme lo que necesito para alcanzar un determinado fin. Y este conocimiento firme *siempre implica un acto de fe* porque se trata de algo futuro. El boxeador que se siente segurísimo de sus músculos, de sus reflejos y de su pericia para vencer al adversario, está haciendo un acto de fe humano y natural, porque, aunque la experiencia de sus peleas pasadas lo inclinen a no dudar de su victoria, ésta aún no existe, y los reflejos que nunca antes le fallaron, bien pueden malograrse esta vez. Como dice la copla: “Ninguno cante victoria, / aunque en el estribo esté, / que muchos en el estribo / suelen quedarse a pie”.

La confianza en Dios (confianza de obtener los bienes sobrenaturales y de salir del pecado) requiere *fe sobrenatural*. La fe, con una luz infinitamente más clara y alta que la de la razón natural, nos enseña y asegura que Dios es todopoderoso y que pone su omnipotencia a nuestra disposición: “Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana es arrojada al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?” (Mt 6,29). De ahí que San Alfonso de Liguori dijera que “la fe conduce a la confianza y la confianza al amor”. Debemos confiar con la totalidad con que confía María santísima en las bodas de Caná, aun cuando las palabras que escucha de su Hijo pareciesen dar

la impresión de que no tiene planes de obrar nada extraordinario por quienes intercede su madre. Sin inmutarse, Ella dice simplemente a los sirvientes: “Haced lo que Él os diga”; y esto arranca el milagro del Hijo.

La confianza reclama también fe en la *voluntad benigna* de Dios para con nosotros. Asimismo en la *eficacia de los medios* que nos ofrece.

Sobre todo, la confianza nace de la fe en que Dios es *nuestro Padre*, lo que muchos no llegan a comprender adecuadamente, aunque haya sido la enseñanza más repetida por Nuestro Señor Jesucristo<sup>12</sup>. A muchos les resulta difícil la confianza en Dios porque no poseen una correcta apreciación de su Paternidad; a menudo por proyectar sobre Él las experiencias negativas que se tienen de los hombres.

Pero la fe exigida por la confianza es una fe no meramente teórica, sino *activa*. Confiar no es un acto pasivo, sino eminentemente laborioso. Pedro, viendo a Jesús sobre las aguas, le dice: “Señor, si eres tú, mándame ir a ti”. Y el Señor no le responde “no hace falta; ya estoy yendo yo hacia ti”, sino “¡Ven!”, es decir, “anímate a caminar sobre el agua confiado en que no te dejaré hundir”. Ejemplo de fe confiada es Abraham que, una y otra vez se fía de la promesa divina, y apoyado solo en la palabra de Dios se lanza sin jamás vacilar a una tierra desconocida con una esposa estéril en una travesía interminable: “Por la fe, Abrahán, al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba. Por la fe, peregrinó hacia la Tierra prometida como extranjero, habitando en tiendas, lo mismo que Isaac y Jacob, coherederos de las mismas promesas. Pues esperaba la ciudad asentada sobre cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hb 11,8-10).

### 3) La confianza y la humildad

Para poder confiar también es necesaria la humildad. La humildad nos hace reconocer que, por nuestra cuenta, podemos muy poco (y en algunos casos nada); nos permite percibirnos como limitados y necesitados de los demás. Nunca llegará a ser confiada la persona que se siente autosuficiente y poderosa. *Ni tampoco quien, por orgullo o vani-*

<sup>12</sup> Véase nuestro pequeño escrito: *El Padre revelado por Jesucristo*, Virtus/8, San Rafael (2008).

*dad, evita que los demás lo vean como necesitado.* Hay personas que prefieren arruinar su vida, antes que reconocer que necesitan ayuda.

Esta humildad, de algún modo, consiste en “hacerse como niños”: “Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos”, dice el Señor (Mt 18,3). Es la actitud que hace rezar a Santa Faustina Kowalska: “Con la confianza y la sencillez de un niño pequeño, me entrego a Ti, Señor Jesús, mi Maestro; Te dejo una libertad absoluta de guiar mi alma. Guíame por los caminos que Tú quieras; no voy a averiguarlos. Te seguiré confiada. Tu Corazón misericordioso lo puede todo”<sup>13</sup>.

Cuando una persona, por la humildad, se *vuelve niño*, de algún modo *reaprende* la confianza que fue la primera actitud que espontáneamente nació en él. Porque, si no me equivoco (y bien puedo equivocarme en esto), lo que nace de modo natural en el niño es la confianza; en cambio, lo que se “aprende” es la desconfianza, es decir, las malas experiencias y las frustraciones corroen la confianza que nace como primera actitud en el ser humano.

Expliquémonos.

Santo Tomás dice que los viejos son desconfiados porque han experimentado mucho los defectos de sus semejantes<sup>14</sup>; en cambio, los jóvenes están llenos de esperanza (lo que vale para la confianza) porque no han experimentado todavía muchos fracasos y dificultades<sup>15</sup>. Aquí se está indicando la prioridad de naturaleza (genética) de la confianza sobre la desconfianza. Lo primero que aprende el ser humano es a confiar: lo hace desde el vientre de su madre, donde se mueve con una tranquilidad extraordinaria porque vive y crece confiando natural y espontáneamente en quien le da vida y lo protege. No digo que es “inconsciente” de los peligros que lo asechan, lo que es obvio, pues no goza de razón, sino que *se siente* seguro y establece una verdadera comunicación afectiva con su madre; ese afecto todavía irracional es un modo de confianza. Pero aunque no sea todavía un fenómeno racional, es, sin embargo, una realidad: el bebé *nota* cuando es deseado y querido y cuando es rechazado, porque los sentimientos de su madre son también fenómenos sensibles y él puede percibirlos. Si el animal *percibe* con su estimativa quién lo aprecia, quién lo teme y quién lo abo-

<sup>13</sup> Santa Faustina Kowalska, *Diario*, Cuaderno I, n. 105.

<sup>14</sup> Cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 60, 3.

<sup>15</sup> Cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, I-II, 40, 6.

rece, y confía en uno y desconfía de otro, con mayor razón vale esto para el niño. Quizá se trate tan solo de reacciones instintivas, o de un desarrollo muy elemental de la cogitativa, pero lo cierto es que el bebé, ya en el seno materno, se asusta, sufre, se alegra, percibe la seguridad o las amenazas. Y esta confianza sensible, que nace de la *estimación* positiva que hace el niño al sentirse atendido, alimentado, cuidado..., se continúa tras el nacimiento volcándose al padre, a los hermanos y al resto del entorno familiar... Podemos comprender, pues, lo traumatizante que resulta para un niño percibir *que no es querido* por su madre, incluso si todavía está en estado de gestación. Por esta razón decimos que, en muchos casos, lo que se aprende es la desconfianza. El niño que percibe que lo defraudan, o que es abandonado por su padre o por su madre, o que es desatendido, o que sufre abusos, o que es despreciado... a menudo padece una *frustración de su confianza*, una *involución* de esa natural confianza con la que ha crecido mientras reposaba tranquilo en el seno o entre los brazos maternos.

Este hacerse como niños no siempre es posible respecto de los demás seres humanos, que nos pueden fallar, pero *siempre es posible y es absolutamente necesario*, respecto de Dios. Volveremos sobre esto más adelante, al explicar la “infancia espiritual”.

## 5. La oración y la confianza

La confianza se manifiesta en muchas actitudes, como la paz, la tranquilidad, la ausencia de preocupaciones, la falta de miedo... Pero, al igual que la esperanza, encuentra su principal expresión en la oración. “La oración es intérprete de la esperanza”, dice Santo Tomás<sup>16</sup>. Y de modo similar Benedicto XVI: “Un lugar primero y esencial de aprendizaje de la esperanza es la oración. Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme –cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar–, Él puede ayudarme. Si me veo relegado a la extrema soledad...; el que reza nunca está totalmente solo”<sup>17</sup>.

<sup>16</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 17, 2 obj. 2.

<sup>17</sup> Benedicto XVI, Enc. *Spe salvi*, 32.

Ahora, si la oración muestra (y ejercita) la esperanza, hace lo propio con la confianza, que es una cualidad de la esperanza. Pido lo que espero y porque espero, y pido *porque confío ser escuchado o recibir*. El desesperado no pide como tampoco el que no confía en aquel a quien debe pedir.

Pero aunque no sea posible orar si no se tiene confianza, parece que, en cambio, se puede orar (pedir) cuando se tiene poca confianza. Según el apóstol Santiago este es el motivo por el que la oración no alcanza cuanto pide. Precisamente, la primera de las cualidades que debe tener la oración, como señala Santo Tomás al comentar el Padre-nuestro, es la de ser confiada (las otras son: rectitud, orden, devoción y humildad). “Debe ser confiada para acercarnos sin vacilación al trono de la gracia, como se dice en Hebreos 4,16. Además debe hacerse con fe que no desfallezca, como dice Santiago (1,6): «Que pida con fe, sin ninguna vacilación»”<sup>18</sup>.

En uno de los primeros escritos cristianos, “El Pastor”, de Hermas, escrito hacia el año 140, se enseña, a modo de un diálogo entre un ángel y el autor, el modo de orar con confianza:

“Y él [ángel] me dijo: Aparta de ti todo ánimo indeciso y no dudes en absoluto de si has de suplicar a Dios, diciéndote a ti mismo: ‘¿Cómo puedo pedir una cosa del Señor y recibirla siendo así que he cometido tantos pecados contra Él?’ No razones de esta manera, sino vuélvete al Señor de todo corazón, y no le pidas nada vacilando, y conocerás su gran compasión, pues Él, sin duda, no te abandonará, sino que cumplirá la petición de tu alma. Porque Dios no es como los hombres que guardan rencores, sino que Él mismo es sin malicia y tiene compasión de sus criaturas. Limpia, pues, tu corazón de todas las vanidades de esta vida, y de las cosas mencionadas antes; y pide al Señor, para que recibas todas las cosas, y no se te negará ninguna de todas tus peticiones si no pides al Señor las cosas vacilando. Pero si fluctúas en tu corazón no recibirás ninguna de tus peticiones. Porque los que vacilan respecto a Dios son los de ánimo indeciso, y éstos nunca obtienen sus peticiones. Pero los que están llenos en la fe, hacen todas sus peticiones confiando en el Señor, y reciben porque piden sin vacilación, sin dudar; porque

<sup>18</sup> Santo Tomás, *Comentario al Padrenuestro*, prólogo.

todo hombre de ánimo indeciso, si no se arrepiente, difícilmente se salvará. Purifica, pues, tu corazón de toda duda en tu ánimo, y ten fe, porque es fuerte, y confía en Dios para que recibas todas las peticiones que haces; y si después de pedir algo al Señor recibes tu petición con alguna demora, no vaciles en tu ánimo porque no has recibido la petición de tu alma al instante. Porque es por razón de alguna tentación o alguna transgresión de la que tú no sabes nada que no recibes la petición sino con demora. Por tanto, no ceses en hacer la petición de tu alma, y la recibirás. Pero si te cansas, y dudas cuando pides, culpate a ti mismo y no a Aquel que te lo da. Resuelve esta indecisión; porque es mala y sin sentido, y desarraiga a muchos de la fe, sí, incluso a hombres fieles y fuertes. Porque verdaderamente esta duda en el ánimo es hija del diablo y causa gran daño a los siervos de Dios. Por tanto, desprecia estas dudas del ánimo y domínalas en todo, revistiéndote de fe, que es fuerte y poderosa. Puesto que la fe promete todas las cosas, realiza todas las cosas; pero el ánimo indeciso, que no tiene confianza en sí mismo, falla en todas las obras que hace. Ves, pues, que la fe viene de arriba, del Señor, y tiene gran poder; pero el ánimo vacilante es un espíritu terreno del diablo, y no tiene poder. Por tanto, sirve a la fe que tiene poder, y mantente lejos del ánimo vacilante, y vivirás para Dios; sí, y todos los que piensan igual vivirán para Dios”.

Pedir sin vacilación no significa que Dios vaya a concedernos de modo automático todo cuanto pidamos, porque la confianza es la primera condición de la oración, pero no la única. Si un hijo pide sin confianza, quizá su padre no le conceda lo que pide; pero si le pide con toda confianza que le regale una serpiente, o le pide que cada vez que se porte mal le dé un premio, la confianza de su súplica no será motivo suficiente para que le conceda lo pedido. Dios nos otorga todo cuanto pedimos *siempre y cuando* sea conveniente y necesario para alcanzar nuestro fin.

Explica Santo Tomás en la *Suma Teológica*, que la oración siempre es meritoria (supuesto que proceda de la caridad y de la gracia) en cuanto a lo principal a lo que se ordena todo mérito, que es la vida eterna; pero que se obtengan otras cosas que se piden en la oración, depende de otras condiciones:



“El mérito de la oración tiene como objeto principal, a veces, algo distinto de lo que pedimos: pues el mérito se ordena principalmente a la vida eterna, mientras que la petición que hacemos en la oración directamente se refiere, a veces, a algunas otras cosas (temporales). Por tanto, si esas otras cosas que alguien pide para sí *no le van a ser útiles para conseguir la vida eterna*, no sólo no las merece, sino que, a veces, por el mero hecho de pedir las y desearlas, pierde el mérito: como en el caso de pedir a Dios el cumplimiento del deseo de pecar, modo de orar que nada tiene de piadoso. Otras veces lo que se pide ni es necesario para la salvación eterna ni tampoco manifiestamente contrario a la misma. En este caso, aunque el orante puede merecer con su oración la vida eterna, no merece, sin embargo, la obtención de lo que pide. De ahí las palabras de San Agustín en el libro *De las sentencias a Próspero*: «A quien pide a Dios con fe verse libre de las necesidades de esta vida, no menor misericordia es desoírle que escucharle. Lo que conviene al enfermo, mejor que él lo sabe el médico». Por esta razón precisamente, porque no le convenía, no fue escuchado San Pablo cuando pidió verse libre del aguijón de la carne (cf. 2Co 12,9). En cambio, *si lo que se pide es útil para la vida eterna del hombre*, como conducente a su salvación, se lo merece en este caso no sólo con la oración, sino también con las demás obras buenas. Recibe por eso, sin la menor duda, lo que pide; *pero a su debido tiempo*. A este propósito escribe San Agustín: «Algunas cosas no se las niega, sino que se las aplaza, para darlas en el momento oportuno». Y aun esto puede frustrarse si no se pide con perseverancia. Es por lo que dice San Basilio: «La razón por la que a veces pides y no recibes es porque pides de mala manera, o sin fe, o con ligereza, o lo que no te conviene, o sin perseverancia»<sup>19</sup>.

Por tanto, si algunas oraciones no obtienen *específicamente* lo que pedimos, no se debe esto a una falla de parte de Dios, sino a que nosotros “no sabemos pedir como conviene” (Rm 8,26). Aun cuando lo que pedimos nos parece a nosotros un gran bien (la salud, la unión de

<sup>19</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 83, 15. Añade: “Ahora bien: puesto que un hombre no puede merecer con mérito de condigno la vida eterna para otro, como antes se dijo (I-II, 114, 6), tampoco, lógicamente, puede merecer en algún caso para otros con mérito de condigno lo que a ella conduce. Por esta razón, no siempre es escuchado quien ruega por otro, como antes se dijo (II-II, 83, 7 ad 2). Se ponen, en consecuencia, cuatro condiciones para que, si se dan juntas, uno impetere siempre lo que pide, a saber: *pedir por sí mismo, pedir cosas necesarias para la salvación, hacerlo con piedad y con perseverancia*”.

la familia, conservar u obtener trabajo, poder sustentar a los nuestros...) no siempre estos son los bienes más urgentes. Entonces, la oración debe ser totalmente confiada porque: 1º siempre alcanza, como fruto principal, mérito para la vida eterna; 2º siempre que sea para nuestro bien, Dios nos otorga también las cosas temporales que pedimos, aunque no necesariamente en el instante en que lo pedimos sino a su debido tiempo (y los tiempos de Dios no siempre coinciden con los de los hombres); 3º cuando lo que pedimos no es lo mejor para nosotros, Dios nos otorga por esa oración otros bienes que verdaderamente nos hacen falta.

## 6. Por qué confiar en Dios

Debemos confiar en Dios porque Dios es bueno.

Debemos confiar porque es *muy* bueno; *infinitamente* bueno. Es la bondad esencial; por tanto, plenamente difusiva de sí.

Debemos confiar porque es nuestro *Padre*. Y un padre verdadero nada niega a sus hijos. Jesús a la hemorroísa la llama con el hermoso nombre de “hija”: “confide *filia* fides tua te salvam fecit” (Mt 9,22).

Nuestra confianza se apoya en el amor de Dios y en la entrega que nos hace en su Hijo Jesucristo. Ante esto debemos decir, como santa Teresita:

“¡Oh, Verbo divino!, tú eres el Águila adorada que yo amo, la que atrae. Eres tú quien, precipitándote sobre la tierra del exilio, quisiste sufrir y morir a fin de atraer a las almas hasta el centro del Foco eterno de la Trinidad bienaventurada. Eres tú quien, remontándote hacia la Luz inaccesible que será ya para siempre tu morada, sigues viviendo en este valle de lágrimas, escondido bajo las apariencias de una blanca hostia...

Águila eterna, tú quieres alimentarme con tu sustancia divina, a mí, pobre e insignificante ser que volvería a la nada si tu mirada divina no me diese la vida a cada instante.

Jesús, déjame que te diga, en el exceso de mi gratitud, déjame, sí, que te diga que tu amor llega hasta la locura... ¿Cómo quieres que, ante esa locura, mi corazón no se lance hacia ti? ¿Cómo va a conocer límites mi confianza...?”

El fundamento de esta actitud confiana frente a Dios, es la fe en la Paternidad y en la Providencia divina. Dios dirige todas las cosas y

las dirige para bien de los hombres. Podemos estar seguros de algunas verdades fundamentales:

1. Dios es nuestro Padre (cf. Gal 4, 6; Ro 8, 14) y nos ama con el mismo amor con que ama a su Hijo Jesucristo (cf. Jn 15, 9).
2. Dios no permitiría ningún mal si no fuera a sacar de él un bien mayor: “En todas las cosas interviene Dios para el bien de los que le aman” (Rm 8, 28).
3. Ninguna adversidad puede superar nuestras fuerzas porque Dios está con nosotros por medio de su gracia (cf. Rm 8, 35-39).
4. Estando Dios de nuestra parte, todo (lo que sea ordenado y bueno) lo podemos, incluso levantarnos de la postración y *del pecado*: “Si Dios está de nuestra parte, ¿quién [*y podemos decir también*: “*qué*”] podrá contra nosotros?” (Rm 8, 31). “Todo lo puedo en aquél que me conforta [fortalece]” (Fil 4, 13).

Debo hacer a este respecto una aclaración *muy importante*: la Sagrada Escritura condena la confianza *necea* (Jer 17, 5-6: “¡Maldito el hombre que confía en el hombre y busca su apoyo en la carne, mientras su corazón se aparta del Señor! Él es como un matorral en la estepa que no ve llegar la felicidad; habita en la aridez del desierto, en una tierra salobre e inhóspita”) porque implica una convicción que va contra la razón: se juzga que las fuerzas humanas de esta o de aquella persona son suficientes para solucionar esta situación, cuando no es así. Debemos tener confianza, pero no ser estúpidos. Sabemos que las fuerzas humanas son incapaces por sí solas de cualquier acto sobrenatural, y en consecuencia el hombre no puede salvarse a sí mismo, ni puede salvar a otros (me refiero a la salvación eterna), ni puede perseverar por sí solo hasta el fin de sus días en la vida de gracia... Y también sabemos que la persona minada por el vicio difícilmente saldrá de él, y que el superficial, el informal y el charlatán, no cumplirán sus promesas... Si *confío* en lo que mi razón, perfeccionada por la prudencia e iluminada por la fe, me dice que no es de esperar... esto sería necedad.

Pero esto no quita que se puedan hacer dos cosas que no implican una confianza fatua, sino sabia. La primera es confiar en la obra de la gracia divina, para la cual no hay obstáculo alguno en el corazón del hombre que pueda frenar su ímpetu: “El corazón del rey es como un arroyuelo en las manos de Dios y Él lo dirige a donde le place” (Prov 21,1). Lo segundo es *confiar* en la fuerza transformadora de la misma

*confianza*. Esto último se puede ejemplificar con un caso real: el gran escritor ruso Fedor Dostoiewski fue un jugador compulsivo que despilfarró sus bienes entre naipes y ruletas. Cuando ya no le quedaba nada, pidió a su esposa el último dinero que a ella le quedaba, parte de una pequeña herencia, y lo hizo mintiéndole sobre una inversión muy importante para la cual necesitaba ese dinero. Ella no le creyó, pero sin decirle que sabía que se lo jugaría, le dio el dinero *como si confiara en la sinceridad de su esposo*, quien, por supuesto, lo jugó y perdió. Pero la vergüenza por haber traicionado la confianza de su esposa fue tan grande que bastó para curarlo de su adicción al juego. Ella no confió en la promesa de su esposo, o mejor en la capacidad de este hombre adicto al juego de cumplir lo que decía, pero hizo *como si confiara*, confiando en el poder de la confianza que mostraba a quien no se la merecía. Y efectivamente, el verse objeto de una confianza inmerecida, y el dolor de haber abusado de esa confianza, pudo lo que no pudieron otros remedios. Esto es posible porque esta expresión de “aparente confianza”, en realidad es una expresión de “verdadero amor”: hago como quien confía porque amo a esta persona y me arriesgo a ser traicionado porque quizá este dolor al que me expongo lo puede cambiar.

Este *modo* de confiar (o de tratar a alguien como si fuera de confianza) es uno de los más poderosos recursos educativos (Kentenich hablaba en este sentido cuando se refería a lo que él llamaba “pedagogía de confianza”, es decir, basada en la confianza de que todavía hay mucho de noble en la naturaleza del hombre, a pesar de las heridas del pecado original y personal); y a él solemos referirnos cuando decimos que para educar la responsabilidad de otros hay que atreverse a confiar (los padres deben confiar en sus hijos, los maestros en sus discípulos, los formadores en sus formandos...). Es indudable que esta actitud nos hace vulnerables y que muchas veces perderemos lo que hemos confiado a otros, como perdió su dinero la fiel esposa del escritor ruso, pero si estamos dispuestos a perder ciertos bienes materiales... quizá podamos lograr grandes cosas en las almas de nuestros educandos.

## 7. La desconfianza y otros vicios contrarios a esta virtud

Hay varios vicios que se oponen a la confianza.

### 1) La desconfianza

A menudo, sin saber cómo ni por qué, nos volvemos desconfiados, o, al menos, nos cuesta confiar. Y esto afecta a nuestra relación con Dios y con los demás, incluidos nuestros padres, compañeros y superiores.

La desconfianza es una falta de fe en otra persona. La desconfianza tiene muchas formas; se puede presentar como: recelo y suspicacia, escrúpulos, aprehensión y prevención contra algo o contra alguien, incredulidad y escepticismo, miedo, reserva, duda, preocupación...

El desconfiado puede ser una persona recelosa, mal pensada, o simplemente alguien que no espera nada de los demás, o incluso uno que se inclina a suponer que los demás lo dejan solo, lo abandonan, o no se interesan por él.

De ahí que la desconfianza nos vuelva aislados y solitarios. Al desconfiado le cuesta establecer lazos de filiación, de amistad, de paternidad y de amor conyugal. Le cuesta abrir el alma, encariñarse, dejarse ayudar y conducir.

La desconfianza hace mucho daño; frena el camino en la vida espiritual; nos vuelve huérfanos del corazón.

Esta desconfianza puede ser pecado muy grave cuando es falta de confianza en la ayuda sobrenatural de Dios; en tal caso sería pecado contra la virtud de la esperanza.

Muchas veces el trabajo espiritual comienza por deshelar nuestra desconfianza.

### 2) Confianza con objeto equivocado

Otro vicio es la confianza mundana o *confianza excesiva en nosotros mismos*, es decir, en nuestras fuerzas, luces o experiencia. Esto no es confianza sino *presunción*. A veces pensamos que nos es difícil confiar en Dios, pero lo que realmente sucede es que nos cuesta dejar de confiar en nosotros mismos. Nos hemos acostumbrado a conseguir lo que necesitamos a través de nuestros esfuerzos o de nuestros bienes: dinero, talento, inteligencia, belleza, fuerza... El esperar algo de otros, sin ningún apoyo en nosotros mismos, puede terminar por resultarnos algo extraño. Este es un problema que afecta notablemente al orgulloso; de ahí que al humilde le cueste menos confiar: mientras más humildad, y más profunda humildad, más fácil es confiar. En este sentido debemos

decir que hay una *buena desconfianza*: es la desconfianza en nuestras fuerzas al margen de Dios. Es *absolutamente necesario* –y me refiero a una necesidad incluso psíquica– poseer la *sana actitud de la necesidad*; debemos sentirnos y *no temer* reconocernos como seres necesitados de los demás, y especialmente de Dios. El ideal del “hombre fuerte y viril” no puede y no debe confundirse con el del hombre autosuficiente. Una espiritualidad viril no se contrapone a una espiritualidad donde uno siempre sea “hijo”, e “hijo que necesita” y que “depende” de Dios. “Los hombres no lloran”; es falso: el “Hombre-Dios” lloró (cf. Lc 19,41). El confundir la verdadera virilidad y solidez con sus deformaciones puede producir perturbaciones serias. En un Retiro de 1937, el P. Kentenich, refiriéndose a ciertas desviaciones en este sentido que se estaban difundiendo en la Alemania nacionalsocialista de su tiempo, decía: “Allí, en todas partes, se habla de la «devoción masculina». Les aclaro que esto es algo muy peligroso, porque en el fondo se trata de una masculinidad inarticulada. Quien no educa al niño en el varón, educará un hombre sexualmente enfermo. Las numerosas aberraciones sexuales en nuestros ambientes, las graves aberraciones sexuales que han ocurrido entre religiosos, se derivan, a mi parecer, de falencias en la educación de una auténtica infancia espiritual. No tomen esta aseveración como una mera frase, les estoy hablando a nivel académico y me gustaría que lo tomaran literalmente”<sup>20</sup>.

A quien confía en sí mismo, se le pueden aplicar de modo perfecto las palabras de Jeremías que ya hemos citado más arriba: “¡Maldito el hombre que confía en el hombre!” Esta es la imagen del mundo de hoy, tan confiado en sí mismo, en su sabiduría, en su fuerza, en sus inventos que, en vez de hacerle feliz, le inspiran miedo de autodestrucción.

### 3) *Miedo a nuestras miserias*

También frena nuestra confianza el *mirar equivocadamente nuestras miserias*. Como si por ser pobres, pecadores, con un pasado sembrado de fracasos, torpes para las cosas espirituales..., pudiésemos poner un límite a Dios. Explícitamente enfrentó este prejuicio San Francisco de Sales preguntándose si una persona que tenga un profundo sentimiento de su miseria puede caminar hacia Dios con confianza.

<sup>20</sup> Kentenich, José, *Niños ante Dios*, Córdoba (2005), 81. ¡Esto está escrito en 1937!

Y el santo respondía que “no solamente quien conoce su miseria puede tener una gran confianza en Dios, sino que no puede tener una verdadera confianza a menos que conozca su miseria, porque este conocimiento y confesión de nuestra miseria nos introduce ante Dios”. Todos los grandes santos han comenzado sus oraciones por la confesión de su miseria e indignidad, de modo tal que no hay cosa más buena que reconocerse pobre e indigno de estar ante la presencia de Dios. El socrático “conócete a ti mismo” quiere decir, indudablemente, conoce tu dignidad, tu nobleza, para no rebajarte y envilecerte; pero también quiere decir: conoce tu imperfección y tu miseria. Precisamente: mientras más miserables somos, más debemos confiarnos a la bondad y misericordia de Dios.

Escribe la admirable santa Teresa del Niño Jesús: “Estoy convencida de que, si por un imposible, encontrases un alma más débil y más pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de gracias todavía mayores, con tal de que ella se abandonase con entera confianza a tu misericordia infinita”.

#### 4) La confianza confundida

Finalmente, destruye nuestra confianza el *confundirla con un sentimiento*, cuando, en realidad, se trata de un acto volitivo. En este sentido, estas palabras de San Francisco de Sales resultan de gran aliento:

“Aunque no sientas una gran confianza, no por eso has de dejar de hacer tus actos diciendo a Dios: «aunque yo no tenga, Señor mío, ningún *sentimiento* de confianza en Ti, yo sé muy bien que eres Dios, que yo soy todo tuyo, y no tengo esperanza sino en tu bondad; y, así, me abandono todo en tus manos». Siempre está en nuestro poder hacer estos actos; y aunque tengamos dificultad, no nos es imposible. En estos casos y en medio de estas dificultades, debemos mostrar la fidelidad a este Señor; porque aunque hagamos estos actos sin gusto y sin satisfacción, no nos debe apenar, pues Dios lo quiere así; y no me digas que sólo lo dices con la boca, porque si el corazón no lo quisiera, la boca no lo pronunciaría. Una vez hecho esto, quédate en paz sin atender a tu perturbación y habla con el Señor de otra cosa”<sup>21</sup>.

<sup>21</sup> San Francisco de Sales, *Segundo entretenimiento. Sobre la confianza y el abandono*, en: *Entretenimientos espirituales*.

## 8. El acto más perfecto de la confianza: el abandono

Por lo que acabamos de decir, se sigue que es totalmente lógico, desde esta perspectiva sobrenatural, el abandonarnos en las manos divinas. San Pedro ha escrito: “Confiad [a Dios] todas vuestras preocupaciones, pues Él cuida de vosotros” (1Pe 5,7); y San Pablo: “No os inquietéis por cosa alguna; antes bien, en toda ocasión, presentad a Dios vuestras peticiones” (Fil 4,6). Este abandono es el acto más perfecto de la confianza en Dios.

¿Qué significa? La teología distingue en la voluntad de Dios dos aspectos que se llaman “voluntad significada” y “voluntad de beneplácito”.

La *voluntad de signo* o *significada* es aquella que Dios ya ha expresado en su ley, sea natural o revelada (por ejemplo, los diez mandamientos, los demás preceptos revelados en la Sagrada Escritura, o en lo que manda a través del Magisterio de la Iglesia como definitivo y obligatorio...). La voluntad significada también incluye los consejos evangélicos, aunque a modo de consejos y no de mandatos para todos: yo ya sé qué es lo que Dios nos aconseja por medio de Jesucristo: que caminemos por el sendero de la pobreza, de la castidad y de la obediencia. También incluye las inspiraciones de la gracia por las que a cada uno nos va iluminando o moviendo para que actuemos de tal o cual manera. A esta voluntad el hombre debe responder con *obediencia*.

En cambio, la *voluntad de beneplácito* es el querer divino que no ha sido revelado por anticipado; por ejemplo, ignoro qué querrá Dios de mí en el futuro, si querrá enviarme una enfermedad, si habré de tener una vida larga o corta, cómo he de morir, si seré pobre o rico, si obtendré tal trabajo o no, si me ofrecerán tal o cual apostolado... En fin, lo que cada día Dios va disponiendo sobre nosotros. A esta voluntad el hombre debe responder con *conformidad*, es decir, con aceptación sumisa y humilde.

“Conformar[se]” significa ajustar, concordar una cosa con otra; también convenir una persona con otra; ser de su misma opinión y dictamen; finalmente, reducirse, sujetarse voluntariamente a hacer o sufrir una cosa por la cual siente alguna repugnancia.

Esta conformidad, que algunos autores llaman “abandono en las manos de Dios”, admite grados. El más bajo lo podemos llamar “tolerancia y paciencia”: es el de quien ni ama ni desea algo que le disgusta



o le causa pena y dolor (la propia enfermedad, la pérdida de sus seres queridos, las contrariedades de la vida, los fracasos) y trata de evitarlo en la medida de lo posible, pero nunca por medio de alguna acción que implicase un pecado; si el único medio para evitar algo que repugna a su sensibilidad es cometer un pecado venial, preferiría sobrellevar el mal trago. Este grado es necesario para salvarse, porque no es lícito pecar para evitar ningún mal.

El segundo grado lo llamamos “buena voluntad y prontitud ante el sufrimiento”, y consiste en la actitud de quien, aunque no desea los males que le suceden, ni los elige, sin embargo, después de venidos los acepta de buena gana por ser aquella la voluntad y el beneplácito de Dios; también implica el querer sufrir lo que Dios mande si esto fuera más agradable a Dios.

El último grado es el de quien no solo acepta y sufre de buena gana las penas y trabajos que Dios envía, sino que los desea y se alegra mucho con ellos, por ser aquella la voluntad de Dios. A este lo han llamado “*santo abandono*” en las manos divinas.

El abandono en las manos de Dios, en cualquiera de estos tres grados, debe practicarse en todas aquellas cosas que sobrepasen nuestra voluntad y libre decisión. Es decir, en aquello que no depende de nosotros:

- en los bienes y males externos que la Providencia dispone o permite que nos sucedan (prosperidad y adversidad, calamidades, riquezas o pobreza),
- en los bienes y males que afectan nuestro cuerpo y nuestro espíritu (salud y enfermedad, consecuencias de las enfermedades, vida o muerte, tranquilidad o intranquilidad),
- en las cosas que atañen a nuestra fama (humillaciones, alabanzas, buena reputación o pérdida de ésta), e incluso en nuestros éxitos y fracasos en la vida, etc.

El abandonarse en las manos de Dios da serenidad, libertad, y paz interior.

El abandono es el acto más perfecto de la confianza porque solo se abandona, se “deja” uno mismo en las manos de otro, cuando confía plenamente en las manos en las que se entrega.

## 9. La infancia espiritual

Hemos dicho que la confianza implica el hacerse como niños. Esta es la esencia de la espiritualidad llamada “infancia espiritual”, cuyo más célebre intérprete ha sido Santa Teresa del Niño Jesús. La infancia espiritual es, indudablemente, el ámbito propio del ejercicio continuo de la confianza en Dios.

Pero se han dado muchos malentendidos al respecto de esta actitud del alma, quizá por manejar las ideas sin tener en cuenta los verdaderos textos de la santa. Tratemos de dar su correcto perfil.

### 1) *Qué es la infancia espiritual*

Infancia espiritual es niñez espiritual, pero no es infantilismo ni debilidad y menos todavía, capricho. No hay que malinterpretarlo; si es llamado por algunos santos “caminito” (“camino de la infancia espiritual”) “es porque no es complicado, pero eso equivale a decir que sea un sendero fácil”<sup>22</sup>

Implica, ante todo, el reconocimiento de la propia nada:

“Permanecer niño —dice la Santa— es reconocer su propia nada, esperarlo todo de Dios como un niño espera todo de su padre; no inquietarse por nada, no pretender fortuna... Ser pequeño significa también no atribuirse a sí mismo las virtudes que se practican, creyéndose capaz de algo, sino reconocer que Dios pone ese tesoro de la virtud en la mano de su niño para que se sirva de él cuando lo necesite; pero es siempre el tesoro de Dios”<sup>23</sup>.

Permanecer niño implica mantener el espíritu de pobreza; ser pobre es el tesoro máspreciado porque al niño, por su pobreza de fuerzas, se le tiene compasión y misericordia. Así repite con frecuencia: “En cuanto a los niños, serán juzgados con extrema dulzura”<sup>24</sup>; “Los niños no se condenan”<sup>25</sup>; “Aun en las casas de los pobres al niño se le da

<sup>22</sup> Kantenich, José, *Niños ante Dios*, Córdoba (2005), 67. Añade: “No digan que se trata de un caminito en el sentido de una vía fácil. No; no es fácil. Compruébenlo; es terriblemente fragoso. Es un camino que requiere la más grande y total abnegación” (ibídem, 68).

<sup>23</sup> Santa Teresa del Niño Jesús, *Últimas Conversaciones*, 6 de agosto.

<sup>24</sup> Ídem Teresa del Niño Jesús, *Apéndice II*, n. 41.

<sup>25</sup> Ídem, *Últimas Conversaciones*, 10 de julio.

todo lo que necesita; mas cuando se hace mayor, su padre se niega a alimentarle”<sup>26</sup>.

El mayor enemigo de este espíritu infantil es el dejar de ser pobres por culpa del apego a los bienes de la tierra, es decir, por la pérdida de lo que San Ignacio llama “indiferencia”.

Implica un desprendimiento total, incluso de todo lo que pueda ser “extraordinario”:

“No deseo ver a Dios en la tierra. ¡Oh, no! Y, sin embargo, le amo. Amo también mucho a la Santísima Virgen y a los santos, y no deseo tampoco verles. Prefiero vivir de fe”<sup>27</sup>.

Consiste en amar y querer sufrir por Dios:

“La santidad no consiste en decir bellas cosas, ni siquiera en pensarlas, en sentir las; sino que consiste en querer sufrir”<sup>28</sup>.

“No fue, ni mucho menos, para mí una fuente de consuelo. La aridez más absoluta y casi el abandono fueron mi patrimonio. Jesús, como siempre, continuaba dormido en mi navecilla. ¡Ah!, lo comprendo muy bien. Muy pocas veces le dejan las almas dormir tranquilamente. Jesús, tan fatigado de hacer siempre el gasto y de dar por adelantado, no pierde nunca la ocasión de descansar que yo le ofrezco, y se aprovecha de ella. Puede ser que no se despierte hasta mi gran retiro de la eternidad. Pero esto, en lugar de entristecerme, me causa un consuelo grandísimo”<sup>29</sup>.

Este abandono infantil en Dios no implica pasividad sino todo lo contrario, un gran esfuerzo para practicar el despojo de sí mismo y no poner obstáculos a la acción de Dios. No nos debe extrañar, por eso, que Sor Genoveva de la Santa Faz —su hermana Celina— deponga en el proceso de beatificación que la virtud característica de la Santa era la fortaleza. Así se captaba, desde afuera, el temple de esta gran santa; no como una “dulce niña” sino como una “mujer fuerte”.

<sup>26</sup> Ídem, *Últimas Conversaciones*, 6 de agosto.

<sup>27</sup> Ídem, *Últimas conversaciones*, 11 de septiembre.

<sup>28</sup> Ídem, *Carta a Celina*, 26 abril 1889.

<sup>29</sup> Ídem, Man. “A”, c. VIII, n. 1

## 2) *La práctica de la infancia espiritual*

¿Cómo se lleva a la práctica esta doctrina según la misma santa? Señalo tres aspectos.

### (a) Exclusión de lo extraordinario

Al partir del convencimiento de su condición de niño y, además, débil, excluye, en primer lugar, todo lo que tenga carácter extraordinario, es decir, todo cuanto reclama un gran dispendio de fuerzas, por estar más allá de la línea del deber ordinario. Teresita reconoce haber sido atraída, en su infancia, por la idea de los grandes héroes, pero fue el mismo Jesucristo, quien, llegado el momento, corrigió tales aspiraciones, marcándoles su verdadera ruta: “Me daba Dios a entender que la verdadera gloria era la que duraba eternamente, y que para alcanzarla no era necesario realizar obras deslumbrantes, sino esconderse y practicar la virtud de tal manera que ignorase la mano izquierda lo que hacía la derecha”<sup>30</sup>. Desde ese momento, no intentará emular las acciones ostentosas de los santos, sino que se refugiará en las acciones ordinarias al alcance de todas las almas pequeñas. Esta gracia, decisiva, la orienta definitivamente hacia la ascesis de pequeñez. Su renuncia a las mortificaciones extraordinarias no supone en modo alguno un subterfugio para evitar la mortificación; nada más lejano de su generosidad. Por el contrario, Teresita soportará, de hecho, sufrimientos físicos, como el del frío extremo, más rudos que algunas mortificaciones extraordinarias.

El heroísmo que enseña Santa Teresita es el propio de una niña pequeña y sin fuerzas. Tiene la convicción de que no podrá afrontar el heroísmo, sino por su confianza segura de que la sostendrá Dios y de que la gracia divina será el auténtico héroe que se oculte en ella. Esta ascesis de pequeñez es ciertamente una ascesis mística, es decir, una ascesis que se limita a ser una cooperación a la acción soberana de Dios.

### (b) Fidelidad a los deberes de estado y de caridad

En segundo lugar, esta espiritualidad interpreta que lo fundamental es el cumplimiento fidelísimo de los deberes de la vida religiosa, la observancia de las leyes, la obediencia a las órdenes de los Superiores,

<sup>30</sup> Ídem, Man. “A”, c. IV, n. 2.

la práctica de la caridad fraterna, todos los deberes de estado y los sufrimientos que imponen los acontecimientos providenciales. De ahí que Santa Teresita se aprovechase de los detalles más mínimos para practicar esa espiritualidad:

“Muy lejos de parecerme a esas hermosas almas que desde su infancia practicaron toda clase de mortificaciones, yo no sentía por ellas ningún atractivo... Mis mortificaciones —continúa la Santa— consistían en quebrantar mi voluntad, siempre dispuesta a salirse con la suya; en callar una palabra de réplica, en prestar pequeños servicios sin hacerlos valer, en no apoyar la espalda cuando estaba sentada, etc.”<sup>31</sup>

“No tengo otro medio de probaros mi amor que el de echar flores; es decir, no desperdiciar ningún sacrificio, ninguna mirada, ninguna palabra; aprovecharme de las pequeñas cosas, aun de las más insignificantes, haciéndolas por amor. Quiero sufrir por amor, y gozar por amor. Así echaré flores delante del trono. No hallaré flor en mi camino que no deshoje para ti”<sup>32</sup>.

Y en particular ella practicó algo que le costó mucho, debido a su particular temperamento afectivo: la mortificación del corazón. En el manuscrito dirigido a su hermana de sangre y superiora le dice:

“Recuerdo que, siendo postulante, me venían a veces tan violentas tentaciones de entrar en vuestra celda para darme gusto, para encontrar algunas gotas de consuelo, que me veía obligada a pasar rápidamente por delante de su oficina y agarrarme al pasamano de la escalera. Se me representaba una multitud de permisos que pedir; hallaba mil razones para complacer a mí naturaleza. ¡Cuánto me alegre ahora de las renunciaciones que me impuse en los principios de mi vida religiosa!”<sup>33</sup>.

Su práctica predilecta es la de la caridad fraterna. Santa Teresa del Niño Jesús mantenía el principio de que hay que llegar al límite de las fuerzas antes de quejarse. ¡Cuántas veces fue a maitines con vahídos o fuertes dolores de cabeza! “Todavía puedo andar —decía ella—; por

<sup>31</sup> Ídem, Man. “A”, c. VI, n. 34

<sup>32</sup> Ídem, Man. B, XI, n. 18.

<sup>33</sup> Ídem, Man. “C”, c. X, n. 9.

tanto debo cumplir con mi deber”. Y gracias a esta energía realizaba con sencillez actos heroicos.

(c) Ascesis heroica y alegre

Finalmente, hay que destacar *el modo* en que se sufre. El *modo heroico* de sufrir es el hacerlo con alegría: “cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa... alegraos y regocijaos” (Mt 5, 11-12).

En medio de la más terrible purificación pasiva que se manifestó en forma de grandes tentaciones contra la fe (tan grandes que la Santa no se atreve a describir por temor de blasfemar, como le ocurrirá más tarde a la Madre Teresa de Calcuta<sup>34</sup>), ella escribe:

“A pesar de este martirio que me roba toda la alegría del alma, aún puedo exclamar: “Señor, me colmáis de gozo con lo que hacéis. ¿Qué mayor alegría que sufrir por vuestro amor? Cuanto más íntimo es el sufrimiento, tanto más oculto queda a los ojos de las criaturas, y tanto más os agrada a Vos, oh Señor. Pero, si por un imposible, Vos mismo lo ignoraseis, aún me sentiría dichosa de padecerlo, si con él pudiese impedir o reparar un solo pecado cometido contra la fe”<sup>35</sup>.

El esfuerzo por ponerle rostro alegre al dolor, ha sido la prueba más evidente de la plenitud de su amor. Y es una característica de su ascesis mística. Por eso si bien sufre y se inmola, la santa quisiera, si fuera posible, que Dios no se percatara de ello, para que no sufriera por ello su corazón:

“Si sudaba en tiempo de los grandes calores o si sufría demasiado con el frío intenso del invierno, tenía esta idea exquisita de no enjugarse el rostro o frotarse las manos sino furtivamente, como para no dar tiempo a que Dios se percatara de ello. Se esfuerza la Santa por sonreír durante sus mortificaciones, a fin de que Dios, engañado por la expresión de su rostro, «no supiese que sufría»”<sup>36</sup>.

<sup>34</sup> “En mi alma siento precisamente ese dolor terrible de pérdida, de que Dios no me quiere, de que Dios no es Dios, de que Dios realmente no existe (Jesús, por favor, perdona mis blasfemias, se ha dicho que lo escriba todo)” (Madre Teresa, *Ven, sé mi luz*, Barcelona [2008], 238).

<sup>35</sup> Santa Teresa del Niño Jesús, Man. “C”, c. IX, núms. 13-15-

<sup>36</sup> Santa Teresa del Niño Jesús, *Esprit*.

Canta, sobre todo, la Santa para inducir a engaño, si fuera posible, al mismo Dios (intención, por otra parte, realmente propia de un niño):

“Además, al echar mis flores, cantaré... Cantaré aun cuando tenga que coger mis flores de en medio de las espinas. Y tanto más melodioso será mi canto, cuanto más largas y punzantes sean las espinas”<sup>37</sup>.

Años más tarde, una gran admiradora de la santa de Lisieux, la beata Madre Teresa de Calcuta, hará suya también este aspecto de la santidad: la sonrisa que oculta el dolor de todos, incluso, si fuera posible, del mismo Dios:

“Mi resolución... sonreír a Dios”<sup>38</sup>.

“Mi segundo propósito es llegar a ser un apóstol de la Alegría, para consolar al Sagrado Corazón de Jesús mediante la alegría. Por favor, pídale a Nuestra Señora que me dé su corazón de modo que pueda cumplir más fácilmente su deseo para mí. Quiero sonreír incluso a Jesús y así, si es posible, esconderle incluso a Él el dolor y la oscuridad de mi alma”<sup>39</sup>.

“Si sólo usted supiese lo que hay dentro de mi corazón. A veces el dolor es tan grande que siento como si todo se fuese a romper. La sonrisa es un gran manto que cubre una multitud de dolores”<sup>40</sup>.

### 3) *Educar la infancia espiritual*

El principal problema para vivir la infancia espiritual es que necesita ser educada, *y hay muy pocos que sean capaces de educar en esta vía*. ¿Qué hace falta para que alguien desarrolle una verdadera infancia espiritual, y, por tanto, la virtud de la confianza? ¡Padres y madres! ¡Y esto es precisamente lo que es difícil encontrar!

“¿Cuál es la causa de esta carencia, de esta infancia espiritual no desarrollada? El filósofo y el psicólogo tienen una respuesta rápida: la infancia espiritual es un concepto relativamente correlativo. ¿Qué quie-

<sup>37</sup> Santa Teresa del Niño Jesús, Man. B, c. XI.

<sup>38</sup> Madre Teresa, *Ven, sé mi luz*, 207.

<sup>39</sup> Madre Teresa, *Ven, sé mi luz*, 213.

<sup>40</sup> Madre Teresa, *Ven, sé mi luz*, 218.

re decir esto? Que la infancia espiritual, en tanto predisposición natural del ser humano, necesita un «tú» para desplegarse, un tú paternal o maternal. He aquí el gran clamor de la humanidad actual, clamor que surge de la tremenda escasez de padres y madres<sup>41</sup>.

Hay pocos niños porque hay pocos padres y madres. Hay muchos niños-frustrados, pero pocos niños verdaderos; pocos hombres y mujeres confiados, porque han carecido de padres y madres que sean padres y madres como deben serlo, tanto en el orden biológico como en el espiritual. Hay genitores pero ¿son padres y madres? Hay superiores y directores, ¿pero son padres y madres?

¿No es ésta, acaso, la razón por la que la inmensa mayoría de los cristianos –y no hablemos de los que no lo son!– carecen de un auténtico sentido de la Paternidad divina?

La confianza es una flor delicadísima que crece naturalmente bajo el sol de la auténtica paternidad y maternidad; y esto vale para la paternidad y maternidad biológica como la paternidad y maternidad espiritual (la de los superiores religiosos, los maestros, los educadores, los directores espirituales, los confesores...).

Este es el verdadero problema de la ausencia de la confianza en tantos corazones: se las han frustrado los mismos que tenían que engendrarla (¡ya dije que lo primero que nace es la confianza, y que la desconfianza solo llega *desaprendiendo* la confianza espontánea!).

Hacen falta padres y madres del cuerpo y del alma. Y al decir padres y madres que generen seguridad y confianza no quiero decir que la paternidad y la maternidad tiene que ser ejercida con blandura; lo contrario de la paternidad no es solo la aspereza y el abandono, sino también la debilidad y el desentenderse de los hijos. El padre no solo es tierno como cuando acaricia; también hace doler cuando saca las espinas o endereza lo torcido. Pero acaricia porque ama y corrige porque ama, y lo hace amando y dejando traslucir que ama. Este tema es muy importante, pero lamentablemente nos llevaría a otros razonamientos<sup>42</sup>.

<sup>41</sup> Kenterich, J., *Niños ante Dios*, 83.

<sup>42</sup> He tratado un poco del tema en: *Crisis de paternidad. El padre ausente*, Virtus/7, San Rafael (2008).



## 10. La confianza y el Sagrado Corazón de Jesús

La espiritualidad cristiana ha relacionado de modo particular la virtud de la confianza con el Corazón de Jesucristo y con la devoción a la Divina Misericordia, sustancialmente coincidentes.

No debe extrañarnos pues la devoción al Sagrado Corazón de Cristo es devoción por su encarnación y por la naturaleza humana asumida hipostáticamente. Al mostrarnos su Corazón, Jesús nos muestra lo que ha asumido de nuestra realidad: tiene sentimientos humanos, un querer humano y un entender humano; sabe lo que es amar, lo que es peregrinar, lo que es ver las cosas con ojos humanos. Sabe, sobre todo, lo que es sufrir. Ha experimentado nuestras limitaciones, nuestras dificultades y nuestros dolores. Todo lo humillante y doloroso, mientras no implique pecado, ha sido conocido por Jesús por experiencia propia. Ha sido “probado en todo” para poder compadecerse de nosotros (cf. Hb 4,15).

Además, el Corazón que me muestra está herido: herido de amor, pues solo el amor explica que se haya hecho hombre y que se haya entregado a la muerte: “me amó y se entregó por mí” (Gal 2,20); y herido de dolor, porque es un corazón traspasado por la lanza y lastimado por ingratitudes, traiciones y sacrilegios...

Por eso *confío* en Él. ¿Cómo no va a entender lo que me pasa, si Él ha pasado cosas peores? ¿Cómo va a ser ajeno a mis angustias si Él quiso angustiarse y llorar para poder comprenderme? ¿Cómo van a resultarle extrañas mis quejas de debilidad e impotencia si Él sabe mejor que yo lo que es la fatiga y el quebranto físico camino al Calvario y lo que significa necesitar que alguien cargue tu propia cruz para no morir en el camino? ¿Cómo le van a resultar extraña mi necesidad de consuelo si en el Huerto Él tuvo que ser consolado por un Ángel? Al mirar su Corazón me siento entendido y confortado; escucho en mi interior sus promesas de ayuda y sus palabras de aliento; y no puedo dudar de su ofrecimiento de misericordia infinita.

*Postrado a vuestros pies, humildemente,  
vengo a pedirte, Dulce Jesús mío,  
poderte repetir continuamente:  
¡Sagrado Corazón, en ti confío!*

*Si la confianza es prueba de ternura,  
esta prueba de amor darte yo ansío,  
aun cuando esté sumido en la amargura,  
¡Sagrado Corazón, en ti confío!*

*En las horas más tristes de mi vida,  
cuando todos me dejen, ¡Oh Jesús, mío!  
y el alma esté por penas combatida,  
¡Sagrado Corazón, en ti confío!*

*Aunque sienta venir la desconfianza,  
y aunque todos me miren con desvío,  
no será confundida mi esperanza,  
¡Sagrado Corazón, en ti confío!*

*Si contraí contigo santa alianza  
y le di todo mi amor y mi albedrío,  
¿cómo ha de ser frustrada mi esperanza?,  
¡Sagrado Corazón, en ti confío.*

*Y siento una confianza de tal suerte,  
que sin temor a nada, Jesús mío,  
espero repetir hasta la muerte:  
¡Sagrado Corazón, en ti confío!*

## **11. Los frutos de la confianza**

Ojalá todos podamos decir como Santa Teresita hablando de los efectos que produjeron en ella los consejos del P. Alejo: “Me lanzó a velas desplegadas por los mares de la confianza y del amor, que tan fuertemente me atraían, pero por los que no me atrevía a navegar”.

“La confianza en Dios –escribe el venerable P. Sopocko– elimina toda tristeza y depresión y llena el alma con gran alegría, hasta en las condiciones de vida más difíciles.

(...) La confianza hace milagros, ya que tiene a su servicio la omnipotencia Divina.

(...) La confianza da la paz interior que el mundo no puede ofrecer. La confianza abre paso a todas las virtudes.

Particularmente la confianza consuela al hombre agonizante que en el último momento se acuerda de todos los pecados de toda la vida, lo cual lo lleva a la desesperación. Pues a los agonizantes hay que darles los actos de confianza necesarios, hay que enseñarles la madre patria cercana, donde el Rey de la Misericordia espera con alegría a los que confían en Su misericordia.

La confianza asegura una recompensa tras la muerte como lo demuestran muchos ejemplos de los Santos. Particularmente Dimas, el criminal agonizante en la cruz, junto a Jesús, se dirigió a Él con confianza en el último momento de su vida y oyó la dichosa aseguración: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso»<sup>43</sup>.

“Bendito el hombre que confía en el Señor y en Él tiene puesta su confianza! Es como árbol plantado al borde de las aguas que extiende sus raíces hacia la corriente; no teme cuando llega el calor y su follaje se mantiene frondoso; no se inquieta en un año de sequía y nunca deja de dar fruto” (Jer, 17, 7-8).

\* \* \*

“Espíritu Santo, dame la gracia de la confianza inquebrantable por los méritos de Jesús y de la confianza temerosa por mi debilidad.

Cuando la pobreza llame a mi puerta:

—¡Jesús, en ti confío!

Cuando me afecte una enfermedad o me toque una discapacidad:

—¡Jesús, en ti confío!

Cuando el mundo me rechace y me persiga el odio:

—¡Jesús, en ti confío!

Cuando una falsa acusación me manche y me harten de amargura:

—¡Jesús, en ti confío!

Cuando me abandonen mis amigos y me hieran con palabras y acciones:

—¡Jesús, en ti confío!

Espíritu de amor y misericordia, sé mi refugio, mi dulce consuelo, dichosa esperanza, para que en las circunstancias más difíciles, no deje de confiar en Ti”<sup>44</sup>.

<sup>43</sup> Sopocko, Miguel, *Misericordia divina en sus obras*, Tomo III.

<sup>44</sup> Sopocko, Miguel, *Misericordia divina en sus obras*, Tomo III, 200.



## ÍNDICE

1. Qué es la confianza .....	5
2. El fundamento de la confianza. ....	7
3. La importancia de la confianza.....	9
4. Cómo confiar .....	9
1) La confianza requiere razonar sin prejuicios .....	10
2) La confianza requiere fe (sea humana o divina).....	11
3) La confianza y la humildad.....	12
5. La oración y la confianza.....	14
6. Por qué confiar en Dios .....	18
7. La desconfianza y otros vicios contrarios a esta virtud.....	20
1) La desconfianza .....	21
2) Confianza con objeto equivocado.....	21
3) Miedo a nuestras miserias .....	22
4) La confianza confundida.....	23
8. El acto más perfecto de la confianza: el abandono.....	24
9. La infancia espiritual .....	26
1) Qué es la infancia espiritual.....	26
2) La práctica de la infancia espiritual.....	28
3) Educar la infancia espiritual.....	31
10. La confianza y el Sagrado Corazón de Jesús .....	32
11. Los frutos de la confianza .....	34



## COLECCIÓN VIRTUS

### /1 EL EXAMEN PARTICULAR DE CONCIENCIA<sup>1</sup>

INSTRUMENTO PARA EL TRABAJO ESPIRITUAL Y PARA  
LA CORRECCIÓN DE LOS DESÓRDENES AFECTIVOS

### /2 CEGÓ SUS OJOS (Jn 12,40)

EL JUICIO PROPIO

### /3 DUC IN ALTUM!

ESENCIA Y EDUCACIÓN DE LA MAGNANIMIDAD

### /4 DE LOBOS A CORDEROS

EDUCACIÓN Y GRACIA

### /5 LAS IDEAS “SUBTERRANEAS” Y LA EDUCACIÓN

PAUTAS PARA PADRES Y EDUCADORES

### /6 LA MADUREZ AFECTIVA Y SEXUAL DE JESÚS DE NAZARET

### /7 CRISIS DE PATERNIDAD

EL PADRE AUSENTE

### /8 NUESTROS MIEDOS

### /9 EL PADRE REVELADO POR JESUCRISTO

### /10 EL CAMINO DEL PERDÓN

### /11 LAS ADICCIONES

UNA VISIÓN ANTROPOLÓGICA

---

<sup>1</sup> Reemplaza al original número 1 (“Miró la pequeñez de su esclava. Para una educación de la humildad”) que ha pasado a formar parte del estudio más amplio “Naturaleza y educación de la humildad” (Virtus número 12).

/13 LA MADUREZ DE JESUCRISTO

EL HOMBRE A LA LUZ DEL SERMÓN DE LA MONTAÑA

/14 MEDITACIONES SOBRE DIOS PADRE

/15 LA SUPERFICIALIDAD

/16 ¡QUIERO!

EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD

/17 CONFIAD SIEMPRE EN DIOS (SALMO 62,9)

PSICOLOGÍA Y ESPIRITUALIDAD DE LA CONFIANZA









**Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de  
Ediciones del Verbo Encarnado**

**9 de julio del 2012  
Día de la Independencia Nacional**

**EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO  
El Chañaral 2699 – CC 376 – (5600)  
San Rafael – Mendoza – Argentina  
Tel: (0260) 4430451 [www.edicionesive.com.ar](http://www.edicionesive.com.ar)  
[ediciones@iveargentina.org](mailto:ediciones@iveargentina.org)**

